



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajovelcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de

Puebla

México

Navarro Trujillo, Mina Lorena

Mujeres comuneras en la lucha por la reproducción de la vida ante el despojo capitalista:

irradiaciones del pensamiento de Silvia Federici

Bajo el Volcán, vol. 15, núm. 22, marzo-agosto, 2015, pp. 79-90

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28642148006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MUJERES COMUNERAS EN LA LUCHA POR LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA ANTE EL DESPOJO CAPITALISTA: IRRADIACIONES DEL PENSAMIENTO DE SILVIA FEDERICI

Bajo el Volcán, año 15, número 22, marzo-agosto 2015

Mina Lorena Navarro Trujillo

Profesora investigadora del posgrado en sociología ICSYH-BUAP
mina.navarro.t@gmail.com

Fecha de recepción: 25 de abril del 2014
Fecha de aceptación: 9 de mayo del 2014

En los últimos 15 años sobresale la manera en que se han extendido y profundizado los conflictos socioambientales en toda América Latina provocados por la incesante voracidad del capital por subsumir cualquier ámbito que no se encuentre plenamente ceñido o regulado por los ordenamientos de la producción de valor.

Al respecto, me interesa exponer algunas claves críticas que nos ayuden a comprender cómo es que las tramas de conflictividad relacionadas con las políticas de despojo y el renovado cercamiento de bienes naturales activan o generan un tipo de relación social susceptible de afirmar o generar un común sobre la base de lo que se comparte, y de manera particular cuáles son las formas de intervención de las mujeres en esta tarea colectiva.

Para cumplir tales cometidos, entablare un diálogo con algunos de los planteamientos que Silvia Federici ha desarrollado y que en los diálogos e intercambios en su visita a México comprendí mejor, principalmente en torno a la producción de lo común

y el importante rol de las mujeres en el impulso y generación de formas de cooperación social fundamentales para la reproducción de la vida. Al mismo tiempo, incluiré en dicho diálogo a algunas comuneras que participan en luchas en defensa y reapropiación del territorio en México.¹

En consonancia con lo anterior, planteamos la hipótesis de que el reciente ciclo de movimientos socio-ambientales es parte de un proceso de resistencia y reapropiación de la riqueza social que pone en el centro la producción de lo común para la reproducción de la vida humana y no humana, tarea en la que resulta fundamental la intervención femenina.

LA PRODUCCIÓN DE LO COMÚN PARA LA REPRODUCCIÓN DE LA VIDA: ALTERNATIVAS CONTRA EL CAPITAL

Silvia Federici, haciendo referencia al trabajo de Peter Linebaugh en el *Manifiesto de la Carta Magna*, argumenta que los comunes son los cimientos de una economía no capitalista y que éstos han supuesto un hilo conductor que ha recorrido la historia de las luchas de clase en nuestro tiempo (Federici, 2013: 149-150). Así, la existencia de relaciones sociales centradas en lo común de ninguna manera puede plantearse como un fenómeno propio de los tiempos más recientes, por el contrario, las formas comunitarias aparecen como un eje constitutivo e inmanente en la historia de la humanidad.

A este respecto, una de las referencias más estudiadas son los espacios no capitalistas u órdenes pre-capitalistas de Europa Occidental acaecidos durante el feudalismo, en los que existían ciertos márgenes que permitían a la gente común regirse por derechos de propiedad comunal. Estos modos de regulación social funcionaban fundamentalmente como una estrategia que protegía y garantizaba la reproducción social de la vida de manera independiente al poder arbitrario de los señores feudales. Por un lado, se

impedía que la depredación feudal se produjese a costa de la comunidad y, por otro lado, se garantizaba la explotación sostenible de la naturaleza. En este arreglo, solidaridad social y sostenibilidad se complementaban en la medida en que la naturaleza se situaba, de hecho y de derecho, en la base material de la reproducción comunitaria. Su destrucción era por ende, la destrucción de la propia comunidad (Madrilomia.org, 2011: 47).

Asimismo, antes de la expansión del capitalismo, en el resto del mundo no occidental ocurría algo parecido; otros proyectos civilizatorios, como es el caso de los asentamientos prehispánicos en el continente americano, que a pesar de las diferencias con la Europa feudal, mantenían un tipo de organización comunitaria que –pese a las relaciones de dominación existentes– garantizaba ciertos derechos colectivos sobre los medios de producción para la reproducción de la vida.

Indudablemente, las consecuencias del despliegue del sistema capitalista desde el siglo XVI hasta nuestros días han sido desastrosas para incontables colectividades; no obstante, tal y como sostiene Silvia Federici, las mujeres han sido las más afectadas, principalmente porque tienen mayor intervención en los procesos de reproducción.

Ellas son las que están en primera línea, tienen que ver qué van a comer los niños, que sea algo bueno, que no los vaya a matar. Segundo, las mujeres han tenido tradicionalmente menor acceso al salario que los hombres. Entonces para ellas, el acceso a los bienes naturales es particularmente importante y estratégico (Linsalata/ Navarro, 2014).

Este aspecto queda claramente expuesto en el testimonio de Eva Castellanos, integrante del Consejo de Pueblos en Defensa del Río Verde (COPUDEVER) contra la construcción de una presa en su comunidad Paso de la Reina en Oaxaca:

yo recuerdo antes cuando no había agua potable el río era para nosotras indispensable porque aquí veníamos a lavar,

veníamos a lavar la ropa, los trastes, a pescar camarones, que sí los hombres también lo hacen pero ellos lo hacen solamente pues en los tiempos libres o porque tienen otro tipo de trabajo, pero ya la mujer es un sentir completamente diferente, porque nosotras estamos en la cocina, las mujeres aquí están pensando, ¿qué le voy a preparar a mi marido?, ¿qué le voy a preparar a mis hijos? y sí, como que es un cariño diferente con el río, porque [...] cuando no había agua potable, era como un cariño más especial al río, y... porque de repente veníamos aquí con nuestros hijos o venimos con toda la familia a compartir un rato, tal vez a comer a divertirnos, y sí es una conexión totalmente yo creo que diferente con la mujer (Eva Castellanos, 2013).

De ahí que lo común ha estado históricamente relacionado con las economías de sustento,

en las que las personas trabajan con el fin de proporcionarse directamente a sí mismas las condiciones necesarias para mantener sus vidas. Se trata de la clase de economía en la que la producción y reproducción humanas son primariamente posibles. En concreto, es en la economía de las mujeres donde, debido a la división patriarcal del trabajo, tiene lugar la reproducción de la sociedad. La labor de las mujeres proporciona sustento y apoyo a todas las actividades humanas, incluidas las más visibles de la economía dominada por el mercado" (Shiva, 2006: 25).

Así, el cercenamiento de lo común y la violencia hacia la naturaleza implican necesariamente una crisis de la reproducción social y una embestida contra las mujeres y su capacidad de proporcionar apoyo y sustento a las actividades comunitarias.

De modo que, si las relaciones sociales centradas en lo común son imprescindibles para garantizar formas alternativas de reproducción de la vida, es menester del capital negarlas, subsumirlas o eliminarlas para garantizar su expansión y acumulación sin in-

convenientes. Desde este punto de vista, lo común adquiere profundo sentido si se piensa como categoría crítica, que siguiendo a Werner Bonefeld, se trataría de “un concepto social que denota la existencia pervertida de las relaciones humanas” (Bonefeld, 2001: 158), lo que nos lleva a colocar la lucha contra el capital en el centro del análisis, en tanto lo común existe como negación del capital y su materialidad, y su reiteración es expresión de la inestabilidad de las relaciones capitalistas incapaces de mercantilizarlo todo.

De tal forma que lo común como categoría crítica abona en una perspectiva interesada en alumbrar dos aspectos; la fragilidad e incapacidad totalizante del capital, expresada en el antagonismo histórico e inmanente entre lo común y las formas variadas del despojo capitalista. Y, por otro lado, en la insistencia y perseverancia de las relaciones sociales orientadas a cultivar y regenerar lo común o aquello que se comparte, como estrategia cooperativa de reproducción de la vida bajo regulaciones no enteramente sometidas a la lógica mercantil y/o estatal.

En este sentido, tratemos de indagar a través de los testimonios de algunas comuneras que participan en luchas en defensa de sus territorios, los sentidos, significados y prácticas colectivas orientadas a la producción de lo común para la reproducción de la vida humana y no humana.

MUJERES COMUNERAS CONTRA EL DESPOJO CAPITALISTA

Pese a la larga historia de dominación y explotación capitalista sobre el mundo natural y humano, lo común se produce y reproduce en el amplio y denso espectro de la vida, en buena medida, por las actividades de cuidado y sustento que generan las mujeres en beneficio de las colectividades. En otras investigaciones hemos observado que estas capacidades femeninas de cuidado y recreación de lo común se potencian y juegan un papel central en la conformación de un poder comunitario para la defensa del territorio ante el despojo

capitalista, hecho especialmente visible en los momentos más explosivos, explícitos y conscientes del conflicto.² Sobre esto, hay por lo menos dos aspectos sobre los que nos interesa reflexionar en este texto: por un lado, las formas en que las mujeres recrean y reconocen su intervención en lo político; y por otro lado, su participación en el ámbito productivo y reproductivo para el cuidado de la vida.

El primer aspecto está relacionado con la participación de las mujeres en la política comunitaria, incluyendo inéditas intervenciones en espacios que tradicionalmente habían estado dominados por los hombres. Se trata de procesos de subjetivación en marcha que coexisten conflictivamente entre los nuevos modos de relación social y la propia tradición, que en algunos casos se encuentra atravesada por una lógica de dominación que busca perpetuarse. A continuación, el testimonio de Estela Chávez del Consejo de Pueblos en Defensa del Río Verde (COPUDEVER) y de Anabela Carlón de la tribu Yaqui contra el despojo de agua del río Yaqui, provocado por la construcción del acueducto Independencia que tiene como objetivo cubrir la demanda hídrica del desarrollo industrial de la ciudad de Hermosillo, Sonora:

Sobre la participación de las mujeres, con todo este movimiento aquí en el pueblo todavía existen muchos hombres machistas que dicen que las mujeres no tienen ni voz ni voto en una asamblea general del pueblo, ya se venía discriminando a las mujeres, pero este año y con este movimiento pues ya abiertamente está declarado de que las mujeres tienen derecho a participar en una asamblea en la toma de decisiones o se le está dando ese espacio para que participen de la reunión y en adelante las mujeres puedan ocupar cargos, pueda ocupar un cargo de policía municipal, pueda ser una secretaria, una tesorera de la agencia. Ya se abrió el espacio, hay que cuidarlo y que la mujer también haga valer su derecho, que exija, que como mujer es ciudadana y tiene todos los derechos de los varones, fue un movimiento que se lo ganó (Entrevista a Jiménez/Chávez, COPUDEVER: 2010).

En cosas importantes es una toma de decisión de los hombres, como si las decisiones que tomaran los hombres no les fueran a afectar a las mujeres [...]. Y más que nada recordarles que las mujeres también lucharon en la revolución, igual como ellos. Entonces nosotras les recordamos a las gentes, a los hombres, en su mayoría los que se ponen como cerrados a otras opiniones, que también tenemos derechos. Porque los derechos los ganaron nuestros jóvenes y nuestras mujeres durante las luchas por el territorio (Anabela Carlón, 2013).

Como parte de las formas de intervención en lo político, hemos notado una particular sensibilidad de las mujeres en los esfuerzos de recomposición comunitaria ante la ruptura del tejido social por conflictos anteriores o bien por las políticas de despojo de los Estados y del capital. A este respecto, presentamos el siguiente testimonio de Un Salto de Vida, organización comunitaria que desde hace quince años ha emprendido una batalla por denunciar las causas que han provocado la contaminación del río Santiago, al mismo tiempo que se ha empeñado en restaurar sus capacidades autónomas para el sustento:

el problema de la contaminación del agua y la contaminación del territorio en el municipio no sólo causa la enfermedad y muerte, ha desmembrado a toda una sociedad, ha roto el tejido social, ha roto nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestra identidad, nos ha vuelto gente más pobre, más insensible... nos ha hecho muchas cosas. Pero creemos que si el río se reestructura, como sociedad también nos estaremos reestructurando, entonces trabajamos muy fuerte en ese tejido social [...] tejiendo redes (Sofía Enciso, 2013).

En este testimonio destaca la forma tan particular de pensar la relación con la naturaleza, en la que se percibe una búsqueda por no reiterar la separación que el despojo capitalista ha producido. Tal y como Negri lo señala: no se trata de un modo de explotación,

pero tampoco de custodia, sino de interacción, reciprocidad y cohabitación en un mundo común (Negri, 2001: 10). Un tema que para la Agrupación Un salto de Vida ha sido sumamente complicado, debido a que, desde el sentido común de los habitantes, el río Santiago se percibe como una fuente de enfermedad y muerte:

esta crisis (producida por la contaminación del río) realmente es como el espejo de lo que somos, y nos ha tenido que convocar el río hacia adentro, es decir, tuvimos que meter al río Santiago a nuestras venas y darnos cuenta de que estaba taponeado que está arrepresado, que está ensuciado y que hasta que no logremos destaponar nuestras venas personales, colectivas, podrá seguir fluyendo nuestro río. Es una locura de llevar el mundo externo hacia adentro. Nos ha evocado el río porque principalmente descubrimos ser parte de él, no sabíamos que éramos parte de él, mucho tiempo la gente lo odiaba, lo maldecía y ahí fue cuando empezamos a hablar de no maldecirlo, de reverenciarlo y de considerarlo un par enfermo, inclusive de hablarle (Graciela Enciso, 2013).

En este mismo aspecto, en el siguiente testimonio Anabela Carlón, de la tribu Yaqui, reflexiona sobre la diferencia entre la racionalidad instrumental del capitalismo, que disuelve a la naturaleza en una mercancía para ser explotada ilimitadamente, y el principio de interdependencia y reciprocidad como base de la reproducción de la vida humana y no humana:

Quizás por eso a nosotros, a los yaquis, nos llaman por decir flojos, que no sirven para nada, etcétera; pero no es por eso, sino porque no tenemos esa ambición de sobreexplotar un recurso. Entonces eso lo ven de esa manera, entonces es mejor ser flojo, ¿no?, a que sobreexplotar nuestro territorio. Esa es la comparación que yo hago, yo lo veo positivo, no le hace que nos llamen de esa manera. Al cabo depende de quién lo vea. En los ojos del economista ambicioso, así

lo vas a ver. Pero ya viéndolo desde un punto de vista de nosotros, no es cierto, no necesitamos sobreexplotar, sólo necesitamos tomar lo que es necesario de la naturaleza (Anabela Carlón, 2013).

Y es que las mujeres han sido guardianas de lo común, sus capacidades de cuidado y sustento se relacionan con la conservación y actualización de conocimientos tradicionales, saberes y remedios médicos. La mujer comunera es campesina, partera, hierbera, tejedora de memoria. Y aunque predominantemente no cuentan con la atribución legal, ni consuetudinaria para poseer o usufructuar la tierra, cuentan con veladas, pero fundamentales capacidades de intervención en lo productivo, además de la trascendente actividad de cuidado y recreación de lo común intangible, como es el caso de la memoria y el conocimiento tradicional.

En otras investigaciones hemos documentado que el control de las formas en las que se hereda y construye la memoria puede derivar en una estrategia de resistencia ante el despojo capitalista de los territorios.³ Los lazos con el territorio tienden a potenciarse con lo que Martínez Alier (2006) denomina “lenguajes de valoración no mercantiles”, que desde nuestra perspectiva, actúan como formas culturales activas de los de abajo que se nutren de la experiencia histórica de vida en un territorio determinado. Estos lenguajes, en ocasiones, se construyen a partir de vínculos de larga duración con el territorio, tejidos por historias que se conectan entre sí a partir de la memoria colectiva. En el siguiente testimonio, es de destacarse la labor de las mujeres de la Agrupación Un Salto de Vida en el rescate de la memoria comunitaria y su historia con el río para visibilizar las problemáticas de devastación socio-ambiental:

yo creo que la primera relación con el río fue a través de la historia y de la historia no documentada, de la historia que estamos tratando de recuperar, de la historia reclamada [...], la historia no documentada, la historia contada por los viejos y por los no tan viejos que todavía gozaron el río,

es lo que nos hizo entrar en esa dinámica de querer reconstituir lo perdido (Graciela González, 2013).

Esta suerte de conciencia colectiva busca redimir las luchas pasadas a partir de la apropiación de esas historias negadas a la luz del presente. Se trata de una resignificación de la historia para comprender la realidad dominante (Tischler, 2005: 15).

Por otro lado, las mujeres también han intervenido en la recuperación y reconfiguración de sistemas de saber a contrapelo de la ciencia dominante. Tal es el caso de los aprendizajes de epidemiología popular que las comunidades van adquiriendo, sin la ayuda de expertos y gobiernos, a partir de la reunión de datos e información científica para comprender las enfermedades que padecen (CEECEC, s/a: 145). Esto se presenta en aquellas comunidades que ya enfrentan algún grado de afectación o sufrimiento ambiental y que, ante la impunidad y negligencia del poder, requieren de capacidades sociales de autocuidado y diagnóstico común.

De allí creo que es fundamental empezar a curarnos entre nosotros, que sería la otra forma alternativa de estar bien, ahorita ya empezamos a incursionar en la alimentación, pero nos falta la rama de la medicina [...] y/o empezar a enseñar a las mamás brujas a hacer medicina, para que puedan curar a sus niños. Entonces es como que ahorita estamos en esa otra visión de empezar a regresar que dice “nuestro pasado será nuestro presente” y a buscar que la cocina [...] sea la fuente de vida de nuestras familias; alimentarnos en físico y en emocional y todo en nuestras cocinas (Graciela González, 2013).

En este renglón, tal y como lo ha desarrollado Sivia Federici, las mujeres son agricultoras de la subsistencia, siendo central su intervención en la producción de alimentos y en general en el cuidado y regeneración de las economías de subsistencia. Destacan los trabajos que documentan la importante participación de las mujeres en la soberanía alimentaria, actividad que se remonta por

ejemplo, al cuidado ancestral de las semillas nativas, un principio básico para la reproducción de la vida (Fernández, 2013).

las mujeres somos las encargadas del huerto familiar [...]. Y cuando uno no tiene para comer, pues tiene su huerto, que muchas veces es para hacer la semilla para la siguiente (temporada) o para compartirlo, intercambiarla, pero sí es realmente muy difícil actualmente con esto de que casi no hay agua [en el río Yaqui] (Anabela Carlón, 2013).

A modo de cierre, podemos decir que, ante las políticas de despojo del capital, se vienen activando o generando procesos de lucha orientados a la producción de lo común para la reproducción de la vida humana y no humana, siendo fundamental en esta tarea colectiva el hacer de las mujeres comuneras. Son experiencias que además de resistir –en medio de profundas dificultades–, buscan imaginar, experimentar y fortalecer modos de autorregulación social basados en la solidaridad y la sostenibilidad para hacer común la vida.

Yo creo que pertenecer a la organización COPUDEVER es una responsabilidad muy fuerte, el simple hecho de decir yo estoy a favor de la vida a favor de la naturaleza, yo sí pienso que es una [...] pues algo súper fuerte desde mi corazón desde mi propio sentir desde mi propio pensar, el decir pertenezco a COPUDEVER pero también decir es un orgullo estar dentro de COPUDEVER. Que otras personas sepan lo que estamos haciendo aquí, defender el río, defender la vida no nada más de los que vivimos aquí en Paso de la Reina sino de los que viven río arriba o que viven río abajo, porque sabemos que es algo bueno la defensa del río (Eva Castellanos, 2013).

NOTAS

- ¹ Los testimonios que aquí se presentan son parte de las entrevistas realizadas para el documental “Luchas socioambientales en México” por parte del Laboratorio Multimedia para la Investigación Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. http://investigacion.politicas.unam.mx/multimedia.ces/luchas_socioambientales.html
- ² Este argumento lo he desarrollado con mayor amplitud en mi tesis de doctorado “Luchas por lo común: antagonismo social contra el despojo capitalista de los bienes naturales en México”, en proceso de publicación por la BUAP y bajo tierra ediciones.
- ³ Navarro, Mina Lorena/Tischler, Sergio. 2011. *Tiempo y memoria en las socio-ambientales en México*, Revista Desacatos, 37, Guadalajara, México, septiembre- diciembre.